

degradación, y formar la base de múltiples combinaciones y aplicaciones sin cuento del trabajo humano. Pero aparte de estos estudios y algún otro más, que se escapa á mi memoria en esta desaliñada reseña, el Congreso, sin descuidarlos, ni relegarlos al segundo término de sus deliberaciones, ha creído que debería consagrarse, antes que todo, á examinar esos otros puntos de orden moral que tanto, tanto urge remediar.

¡Con cuánta razón y justicia ha obrado en semejante forma! ¿Cómo habría de detenerse en examinar primero esos problemas, cuando le salían al encuentro, urgentes, apremiantes, abrumadores los que ha puesto sobre el tapete de la preferente discusión; aquellos que tocan, de tan íntima y candente manera, á la población miserable de nuestros campos?

En esta preferencia, también y principalmente descubro el fondo purísimo y cristiano de vuestros afanes; en esa preferencia radica el pensamiento patriótico de vuestros trabajadores. ¿Qué importa, os habéis dicho, que nuestros campos no produzcan el aumento que nos ofrecen los adelantos modernos, si por una parte, la mano misericordiosa de Dios, bendice nuestro imperfecto y rutinario trabajo; y por otra, que es para nosotros la esencial y decisiva, nuestros labriegos viven en una promiscuidad de sexos que espanta; no tienen respeto ni amor al hogar cristiano; les corróe el vicio de la embriaguez, y engendran hijos de que nada se preocupan, víctimas inocentes de un heredismo enfermizo y crápuloso; la mujer de ese cubículo—que no hogar—no es la dulce compañera de su vida, sino el instrumento pasajero de un placer brutal, la bestia de carga, la infeliz esclava, torturada por el hambre y asende-

reada de continuo por la sevicia salvaje de su verdugo?

¿Cómo habremos de preocuparnos de mejorar nuestra industria agrícola, antes de mejorar nuestra población rural, ignorante, sensual, viciosa y sobre todo, olvidada de Dios y de sus obligaciones morales y religiosas? ¡Oh, señores Congresistas, habéis hecho bien; no olvidásteis que el hacendado, en sus dominios, no debe ser el encomendero avaricioso de lejanas épocas, ni el especulador moderno, que hace de sus operarios un engranaje servil de la gran maquinaria productora, que tiene á su jornal; nó, vosotros sabéis, que ante Dios, ante la moral y ante la sociedad cristianamente constituida, debéis ser los patriarcas en vuestras fincas, los diligentes y cuidadosos padres de familia, que no han de ver á sus sirvientes como á párias, sino como á miembros hasta los cuales se prolonga la familia; que ellos, los humildes, los desheredados, los incultos, si son factores, y no despreciables por cierto del fenómeno económico de la producción, son acreedores á la consideración que siempre merece el que ocupa la grada inferior en la escala social, y que aquel que trata de elevar el nivel moral del jornalero y le educa y le redime del vicio y le regenera con el ejemplo y con los medios adecuados de su posición, hace una obra meritoria, cumple con el más sacrosanto de sus deberes y tiene derecho á reclamar de Dios el galardón ofrecido al administrador fiel de la parábola evangélica.

*
* *

La situación que guarda la población de nuestras inmensas campiñas, ha sido, en consecuencia, el

privilegiado tema que ha ocupado la atención del Congreso. Comprendiendo que el respeto á la autoridad, es la clave para conservar la armonía y el orden en toda agrupación humana, ha aconsejado fomentar en el jornalero el espíritu de subordinación hacia sus inmediatos superiores, como que éstos representan al patrón de quien dependen. Hay que notar que á menudo, tales superiores mayordomos, ayudantes de campo, sobresalientes, capitanes de cuadrilla, engreídos con la superioridad de su cargo, hacen pesar con rudísima mano, la férula ominosa de su mando sobre el infeliz labriego que tiene bajo su dependencia. A corregir ese abuso debe acudir el hacendado; no sólo porque así lo exigen los fueros de la justicia, sino porque todo poder que se ejerce tiránicamente, engendra la rebelión y predispone al odio y á la venganza. En cambio, una vez que se penetre el que manda de la alteza de su misión, y el que obedece, de la nobleza de su sacrificio, el orden recobrará su imperio y no habrá disturbios que lo trastornen.

Cuando Catón, el severo Censor, espantado ante la corrupción creciente de su época, mostraba al Senado de Roma la simbólica manzana, corroída por la podredumbre al exterior, y conservando intactas é ilesas las simientes, quiso advertir que en la niñez, generación que nace, radica la esperanza del mañana. Así también en nuestros tiempos, la infancia debe ser punto objetivo y preferente de quienes se preocupen por el porvenir de nuestras sociedades.

El niño en las agrupaciones rurales, es una carga para quienes le dieron el sér, qué digo una carga, un estorbo, mientras sus miembros no pueden, débiles y enclenques, soportar un fardo ó manejar un ins-

trumento de labranza. Su espíritu infantil, abierto á todas las impresiones, no recibe otras imágenes; como el diafragma fotográfico, que las de la discordia y la perpetua lucha entre sus progenitores: la miserable abyección de la madre, la embriaguez y la tiranía del padre. Sin una sola caricia, sin otra educación que el azote y la procaz inventiva, sin noción alguna religiosa, crece y crece, como la planta nutrida por los miasmas del pantano, hasta alcanzar la edad anticipada de las fatigas corporales, si no es que muere, como la flor en botón, agostada por la furia del vendaval.

Ese niño ha merecido también la solícita protección del Congreso, ya aconsejando el establecimiento de escuelas, ya ideando la creación de sociedades cooperativas de agricultores, que tengan por objeto, santo é inefable, el de rescatar esos infelices vástagos, de una generación abyecta y degradada; ya, por fin, recomendando una panacea, olvidada por unos, burlada por otros, desterrada ¡ay! de nuestros sistemas sociales de enseñanza: el aprendizaje de la doctrina incomparable del Crucificado.

¡Ah, señores, qué especie de anacronismo es éste que acepta, sin espantarse, el Congreso de Tulancingo, en los albores de esta centuria, que ha arrojado á Dios de los hogares, abatido la Cruz en las escuelas, relegado el dogma al desecho de las cosas inútiles y elevado sobre el pavés á la razón pura, como la única dominadora de las conciencias. Es que vosotros, hombres de conciencia recta y de rectas y sinceras intenciones, sabéis de sobra que no hay freno alguno que domine las pasiones; que no se encuentra otro valladar que marque sus límites á la fiera humana, como el freno y valladar de la región cris-

tiana; que sobre las ruinas de los imperios, sobre las legislaciones represivas, sobre todas las constituciones, hay una ley soberana, que flota y flotará siempre; porque es divina, como fueron divinos los labios que la promulgaron: "Amarás á Dios, sobre todo, y á tu prójimo como á tí mismo!"

Esa doctrina imbuída al labriego desde niño, le enseñará á soportar con resignación y con alegría, la dura ley de su humilde condición; le advertirá el alcance de sus obligaciones consigo mismo y con sus semejantes; le adiestrará á reconocer la autoridad del que le gobierna, á respetar sin murmuraciones ni rebeldías, la diferencia de clases, que Dios ha permitido para el mayor esplendor de su gloria; le hará ligera su carga y suave el yugo de la obediencia, y por fin, inculcará en su espíritu la única sanción verdadera, que mantiene al hombre en la rígida vertiente del deber: ¡el santo temor de Dios!

Si el niño labriego ha sido objeto predilecto del Congreso, sin distinción de sexos, ha extremado su atención respecto á la educación de las hijas de los jornaleros, predestinadas á ser las futuras madres de generaciones de labriegos. Tarea ociosa la de acentuar aquí la influencia prodigiosa de la mujer en el hogar y en la familia. El día en que ella dejara de ser lo que actualmente es en la miserable choza del jornalero, y se impusiera al marido por el esplendor de sus virtudes domésticas, y fuese, en el lenguaje rudo y sencillo, propio de su clase, la primera institutriz de sus hijos, habría cambiado de raíz la situación y el sér de nuestra población rural. Ella, piadosa por instinto, religiosa por su sexo, cultivaría en su marido y en sus hijos las prácticas de piedad y religión que el Congreso acepta, no sólo porque

entran en el deber de todo creyente, sino como estímulo y preventivo de la ociosidad y del vicio. Ella despertaría en la familia el hábito del ahorro; infundiría con su ejemplo y con sus enseñanzas el horror á la holganza, desterrando la perniciosa costumbre de huir del trabajo los días no consagrados al descanso. Conquistada la mujer, la regeneración del labriego sería un hecho, al cual aspiran los nobles y levantados esfuerzos del Congreso.

No habéis desdeñado ocuparos de otros diversos puntos, que se relacionan también con la suerte y condición de nuestra población agrícola. Hasta ella ha llegado el cáncer devorador de la usura; y en esa forma raquíca y mezquina, que sabe también explotar ese zángano del colmenar social que se llama prestamista al por menor. Exiguo el jornal, pagado á menudo en efectos que el operario compra á elevado precio en la tienda de raya, es insuficiente muchas veces para atender á las apremiantes necesidades de la vida. Si á esta deficiencia se añade la explotación del usurero vergonzante, que atisba su presa, como el chacal la suya, la condición del labriego llega á ser desesperante por angustiosa.

Os ha preocupado hondamente este mal, y á conjurarlo y redimirlo han tendido los medios prudentes y humanitarios que aconsejáis al hacendado, bien facilitando al jornalero la adquisición barata de cuanto necesite para su vida, bien poniendo á su alcance los medios de ahorrar parte de sus jornales, para cuando le lleguen esas crisis que provocan el desequilibrio en los menguados presupuestos de nuestros proletarios; para cuando se realicen esos acontecimientos extraordinarios, que no por previstos, como las enfermedades ó la muerte, dejan de ori-

ginar gastos imprescindibles, que acarrearán compromisos para lo futuro.

Cómo habría de pasar inadvertido para vosotros, tan observadores como discretos, ese azote de la ira celeste que se llama alcoholismo y que se halla tan extendido por el mundo entero. Las medidas represivas de los Gobiernos; las penas impuestas por los Códigos; las gabelas elevadas de las tarifas; las sociedades privadas de temperancia; las conferencias, realizadas por enseñanza gráfica y objetiva de los desastres que produce la embriaguez en el organismo del ebrio, y las consecuencias desastrosas que provoca en la raza y en la familia. Todo ese conjunto de esfuerzos que militan en las apretadas filas de la cruzada contra el alcoholismo, no han sido hasta hoy bastantes á contener la asoladora carrera de ese vicio, que debería causar más pavor y miedo que la peste, más espanto que la guerra y el hambre! Factor de energías artificiales; miserable recurso para amortiguar el dolor moral, ó para despertar la alegría efímera y pasajera de la excitación nerviosa, el alcohol reina como dueño y soberano del mundo.

No podía sustraerse á su imperio la población agrícola de nuestra patria, y vosotros, que palpáis los estragos que causa ese tremendo y pavoroso vicio, en el individuo, en la familia y en la raza, habéis procurado poner un dique á su destructora invasión. Es muy lento y dilatado el remedio de reorganización que ha emprendido la sociedad entera para defenderse de ese mal que amenaza volcar las bases en que se apoya todo el edificio social; pero precisamente porque la tarea es ímproba y laboriosa, mayor entusiasmo debe de tener quien la acometa, hasta alcanzar el triunfo. El Congreso ha dado en esta ma-

teria un paso atrevido, que marcará una luminosa etapa en la guerra declarada á la embriaguez. Ha resuelto iniciar ante el legislador, de la manera más respetuosa, y en ejercicio de un derecho que le concede la Carta Fundamental del país, la reforma de la ley, que si castiga la embriaguez habitual como delito, tiene sin embargo, con ella, contemporizaciones que urge borrar de nuestros Códigos.

Por fin: el Congreso pretende ensanchar sus horizontes y salvar las primitivas fronteras, que modestamente le señalaron sus fundadores. Nada más natural; los problemas que aquí se han estudiado, no sólo afectan á la agricultura de estas regiones; son, por desgracia, los mismos que se presentan, desde los confines del Bravo á las playas del Golfo. El pronóstico que formulé al principio de este discurso, comienza á realizarse: el grano de mostaza, las ramas del árbol se extienden más allá de los tapiales de vuestro hogar.

*
* *

¡Cuán deficiente y desaliñado ha sido, señores, el cuadro sinóptico que acabo de trazar, de los trabajos del segundo Congreso Agrícola de Tulancingo! Si siempre he desconfiado de mis fuerzas; si jamás he quedado satisfecho de mí mismo, hoy, más que nunca, deploro que hayáis tenido la infeliz idea de encomendarme la última palabra en vuestras sabias é ilustradas discusiones.

Me he atrevido á pronunciarla, aceptando vuestra halagüeña y bondadosa invitación, porque no he debido negar mi pobre y miserable contingente á esta obra, esencialmente cristiana y radicalmente

patriótica; porque habrían sido inexplicables mis excusas, al llamamiento tan galante como abrumador para mí, de vuestro Prelado, á quien tanto respeto y admiro; porque, en fin, sabía de antemano que vosotros, todo corazón, toda hidalguía, no pararíais mientes, ni en la más pobre esencia de mis ideas, sino en el inmenso amor á vuestra obra y en la humilde sumisión á vuestros deseos!

Ilustrísimo señor: Yo sabía, por la fama pública y por la relación de alguno de vuestros colaboradores, allá en las caldeadas arenas de Tehuantepec, que fuísteis durante muy cerca de dos lustros el apóstol de aquellos pobres zapotecas, tan necesitados del pan del espíritu; y que sin temor al ardoroso clima de aquellas costas, ni á las enfermedades, ni á la penuria de vuestras ovejas, seguísteis impávido las huellas de vuestro Divino Modelo. ¡Aun lloran y llorarán siempre la ausencia del que fué su padre, su amparo y su guía!

Aquí, en esta bendita tierra, que guarda como inapreciado tesoro la tradicional fe de sus antepasados, vuestra labor es más fácil; vuestra cruz más ligera, pero incansable en vuestro deseo de ganar almas para el cielo, tuvísteis la luminosa idea de agrupar en derredor vuestro á los agricultores, en la moderna forma de Congreso, porque en los campos reside hoy la mayor parte de vuestra grey, y la habéis visto, como su congénero de toda la República muy pobre, muy infeliz, muy necesitada de la protección de los sucesores de Pedro de Gante, de Valencia, de Las Casas, de Quiroga.

Debéis estar satisfecho; la planta que ayer apenas sembrásteis, comienza á erguirse hoy, lozana y vigorosa, mecida por las brisas de la simpatía univer-

sal, y dulcemente cobijada por los amorosos brazos de la Cruz!

Señores Congresistas: me siento orgulloso de que mi oscuro nombre figure en los anales de vuestras deliberaciones; mi felicitación por vuestros éxitos, nada vale, ni nada significa; pero permitidme que os la presente muy sincera y entusiasta. Os lo repetiré para concluir: ¡habéis merecido bien de la Religión y de la Patria!

NUM. 18.

COMPOSICIÓN POÉTICA LEÍDA POR SU AUTOR, EL
SR. LICENCIADO D. LUIS G. FERNÁNDEZ DE
LARA, EN LA SESIÓN SOLEMNE DE CLAUSURA
DEL 2º CONGRESO AGRÍCOLA DE TULANCINGO.

A LA SMA. VIRGEN DE GUADALUPE
AL CLAUSURARSE EL SEGUNDO
CONGRESO AGRÍCOLA DE TULANCINGO.

Feliz para siempre, dichoso el momento
En que un nuevo mundo Colón descubrió,
Sus tres caravélas, en alas del viento,
Trajeron la dicha que el cielo nos dió.

Es bello, hermoso el gran continente
Que el sol del Calvario propicio alumbró,
Y en tantas naciones, el Dios providente,
Un pueblo por suyo, un pueblo escogió.